Borrón & tinta nueva

Por **María Vallejo-Nágera**

¿Un santo en la cárcel?

El conmovedor testimonio de un sacerdote jesuita albanés me ha dejado perpleja... ¿Cómo puede un hombre perseverar en la fe sumergido en tanto sufrimiento? Creo que la respuesta es sencilla: sólo se vence en los pesares cuando existe mucho amor en el corazón de un hombre.

Ilustración: Sherley Freudenreich

ESTE HUMILDE jesuita llamado Anton Luli debía estar colmado de amor por Cristo; no veo otra razón para entender si no cómo sobrevivió a un espantoso encarcelamiento que casi acaba con su organismo.

Anton Luli acababa de ser ordenado sacerdote cuando, en 1946, Albania fue azotada por la dictadura comunista. La persecución religiosa comenzó instantáneamente, dejando tras de sí un reguero de presos o muertos —muchos a causa del martirio—. Pero el Señor había decidido que el destino de este pequeño soldado de la Virgen fuese diferente, pues no murió como muchos de sus amigos, sino que fue maltratado y vejado a causa de un despiadado encarcelamiento que duró la friolera de 17 años. Durante aquel calvario, fue obligado a realizar trabajos forzados que le minaron la salud y la fuerza, aunque nunca la alegría y la esperanza en su Dios. Por nueve meses estuvo recluido en un baño de mínimas medidas que no le permitieron enderezarse totalmente a causa de la estrechez de sus paredes.

Su primera Navidad la pasó en aquel pestilente habitáculo. Le colgaron desnudo de una cuerda pasada tras las axilas, y le hicieron sufrir indecibles dolores. De puntillas, aterido de frío y agonizando de dolor, logró al fin pegar un gran grito, tras el cual fue apaleado brutalmente por sus guardianes. "Esa noche", recuerda este santo jesuita, "en ese lugar y sumido en la más absoluta soledad, experimenté el sentido verdadero de la Encarnación y de la Cruz".

Así pasaron los días, los meses y los años y, un buen día, en la amnistía de 1989, con 79 años, agotado y vejado, fue puesto al fin en libertad.

"Nunca he guardado rencor hacia los que, humanamente hablando, me robaron la vida", afirma este pequeño hombre de Dios. "Además, mi Jesús nunca me dejó solo durante el tormento, logrando colmarme misteriosamente de su presencia consoladora, arropándome con su alegría. Después de la liberación me encontré por casualidad en la calle con uno de mis verdugos. Entonces sentí gran compasión por él, fui a su encuentro y lo abracé...". Caray... a esto lo llamo yo "santidad", querido lector.

Como católica, me duelen las entrañas cuando se critica sacerdotes sin verdadero conocimiento de causa. ¿Acaso muchos no dan la vida por nosotros? Seguir a Cristo es difícil, yo aún diría que hasta una proeza en nuestros tiempos. No olvidemos nunca el ejemplo de este servidor del amor de Dios y, cuando alguien nos quiera recordar que algún sacerdote ha podido causar daño o crear caos, no hagamos leña del árbol caído, y recordemos también los casos de santidad. El mismo Papa Benedicto XVI ha hablado de ello en su último viaje a Australia con extraordinaria humildad y ha pedido perdón por aquellos que, utilizando su sacerdocio sagrado, han causado dolor. Por ello, ¿es justo que olvidemos los casos como el del padre Luli? ¿Por qué los medios no se hacen eco de este tipo de vivencias?

Un consejo le doy, querido lector: hurgue un poco en nuestro mundo herido de muerte, y encontrará muchos, pero que muchos más "padres Luli". M